



Epílogo

Alberto (beto) Canseco*

No sé si sea la temporada de eclipses, la tensión del año electoral en Argentina, el rompimiento de algunas relaciones y grupalidades, una racha de mala suerte en el grindr. O tal vez, en efecto, siendo tristemente realista: el irreversible proceso de destrucción del medio ambiente, el capitalismo y la cis-heterosexualidad como único horizonte para pensar y sentir, el crecimiento de feminismos excluyentes, la falta de herramientas para desarmar el racismo y la colonialidad que nos constituyen, la muerte temprana y evitable de compañeras, el capacitismo incuestionado estructurando nuestras prácticas, la derecha que avanza sin tregua y el deseo de esa derecha en mucha gente. Tal vez sea una conjunción de todo eso, pero a veces tengo la sensación de que *el mundo está acabando* y que tenemos que lidiar con eso. La sensación pesa en el pecho y me abre a ciertas preguntas: ¿qué mundo está acabando?, ¿el mundo de quiénes?, y en ese sentido, ¿quiénes tenemos que lidiar?, ¿quiénes están incluidos en ese “nosotres” que lidia con el fin del mundo?, y por último: ¿cómo lidiamos?, ¿con qué herramientas deberemos contar para sobrevivir?, ¿se trata apenas de sobrevivir?

En un corto cuento de Ray Bradbury en *El hombre ilustrado* (1955), Hernando y una mujer sin nombre, su esposa según narra el relator omnisciente, se dedican a sus tareas diarias en el medio de una carretera donde está su casa, al parecer aislada de todo. Por allí pasan autos muy esporádicamente. Un buen día, la carretera parece abarrotarse con autos, la tensión en el cuento sube para luego disiparse. Pasa un último auto con un hombre y cuatro mujeres en estado de desesperación que piden agua a Hernando. El hombre cuenta entonces a este último que ha empezado la guerra atómica: “el fin del mundo” –declara, y se retira. Hernando vuelve

* Alberto (beto) Canseco es marica feminista prosexo, tiene licenciatura y maestría en filosofía y doctorado en estudios de género. Realiza actividades de investigación en la Universidad Nacional de Córdoba y es docente visitante en la Universidad Federal do ABC, en el estado de São Paulo (Brasil). Sus temas de investigación tienen que ver con teorías feministas de la sexualidad en el cruce con teoría cuir/queer, estudios críticos de la discapacidad y lucha anticolonial. Correo: betocanseco@gmail.com

a sus tareas, la mujer pregunta por lo sucedido y él simplemente responde que nada aunque se queda preguntando a sí mismo: “¿A qué llamarán «el mundo»?”

Me quedo pensando en esta pareja. La mujer no tiene nombre, no parece ser la protagonista pero sin ella el cuento ciertamente no podría funcionar. Se trata de un personaje menor, pero que en definitiva estructura el texto –esos personajes que nos invita a mirar Spivak (2019). ¿Quién es esta mujer?, ¿a quién importa? No sabemos la edad de la pareja, no sabemos si son cis o trans, no sabemos si son migrantes, no sabemos ni su nacionalidad ni su raza. Los personajes parecen estar al costado de la historia. La Historia sucede en otro lado. El Mundo está en otro lado. En este lado, sin embargo –lado que es tocado por la narrativa fascinante de Bradbury, de algún modo haciéndole justicia al mundo que no es Mundo, a la historia que no es Historia–, la mujer continúa sin nombre. No seguimos su perspectiva, no escuchamos sus reflexiones, ¿qué piensa esta mujer sobre el mundo?, ¿qué siente?

El cuento nos interpela e impone la colocación de preguntas de orden ético, las cuales se complejizan en una lectura oblicua, a partir de su personaje menor. Ahora bien, ¿por qué un cuento?, ¿para qué un cuento?

En efecto, los cuentos pueden servir como auxilio para lidiar con el fin del mundo. Tal como Sofia Gerber entiende, trayendo a Donna Haraway, necesitamos cuentos para la supervivencia. Necesitamos narrativas, ideas, palabras que nos ayuden a vivir y morir en un planeta dañado. Gerber ofrece por lo menos dos pistas que colaboren en esta cuestión.

En primer lugar, se hace necesario revisar la operación a través de la cual las ideas se tornan de hecho ideas, las narrativas que de hecho cuentan historias. En otras palabras –más próximas al vocabulario de Judith Butler–, algunas palabras importan/pesan/se materializan (*matter*) y otras no. De tal suerte, parece una tarea crítica fundamental, por un lado, entender cómo, por qué y a qué costo esto sucede, y, por el otro, crear las condiciones para que aquellas que necesitamos para sobrevivir efectivamente se articulen.

En segundo lugar, estos cuentos para la supervivencia hablan de y construyen comunidades que nos permiten resistir el proceso de destrucción. Alrededor y a través de estas narrativas se teje un “nosotres” que no está antes, sino que aparece performativamente mediante ellas. No pareciera haber posibilidad de supervivencia sin una red que sostenga la exis-

tencia, sin el abandono de la ficción de un sujeto autosuficiente –del sujeto liberal que critica Constanza San Pedro en su texto, o que es cuestionado en la idea de eroticidad trabajada por Eduardo Mattio y Noe Perrote/Gall.

Y aquí me refiero a ficción no porque quiera abrazar una versión real en oposición a una ficcional sosteniendo así un binario problemático (interrogado en el texto de Ana Julia Crosa y María Grazia Paesani), sino entendiendo que esa oposición es resultado de un arduo trabajo de repetición incesante que la sostiene, en donde cada parte del binarismo puja la otra, la contamina y la cuestiona en sus límites. De tal suerte, pensar las ficciones que nos hacen más libres permite otra articulación de lo real. De ahí que la urgencia de una comunidad es la urgencia también de ficciones que permitan su tejido y proclamen su potencia en la tarea de sobrevivir.

A propósito de esto es que aparece en *Donde falla* la noción de archivo, ya sea en la lectura incómoda de ciertos animes en el texto de Sasha Hilas; en la consideración de la penumbra, tal como Ianina Moretti expone en su trabajo, noción que abre otra estrategia interpretativa; o en el análisis de ficciones de desamor lésbico en el escrito de Crosa y Paesani; incluso en la discusión sobre la posibilidad misma de la existencia de un archivo de sentimientos en las puertas de los baños públicos en la reflexión de María Victoria Dahbar. La confección de un archivo se torna entonces una tarea ética, una pregunta por quiénes somos y quiénes fuimos, con quiénes nos asociamos, qué guardamos y por qué, qué se ha perdido con el tiempo y a qué costo. Y, tal vez más fundamentalmente, prestando atención a la particularidad de textos que aparecen en *Donde falla*: cómo nos afectamos, qué emociones nos atraviesan, qué se nos está permitido sentir. Revisar las narrativas que nos hacen y deshacen, o que de hecho no se nos ha permitido que hagan y deshagan, se vuelve entonces algo urgente pues este trabajo nos promete la oportunidad para pensarnos más libres, abriendo las posibilidades de imaginarnos más allá de los límites de lo real (configurado como heterosexual y asentado en la distinción privado/público), e inclusive fracasar/desamar mejor.

La idea de archivo nos enfrenta además con la idea de una temporalidad –obsesión de Dahbar (2021)– que es mayor a apenas la inmediata. Tal como reflexiona Angela Davis en su diálogo público con Judith Butler (SSEXBOX, 2017) sobre desigualdad, debemos pensarnos en otros términos. En dicho diálogo, en el momento de las preguntas, alguien de la audiencia evidentemente angustiada por la inmensidad de la tarea

militante pregunta a las pensadoras cómo luchar contra las opresiones cuando ya les niños son criados con discursos de odio. Davis no responde directamente pero sí deja una reflexión en torno a la idea de pensarnos a nosotres mismas como manifestación de la imaginación de quienes nos precedieron en la lucha y que no desistieron. La posibilidad de discutir sobre desigualdad y sobre los resquicios de la colonización y la esclavitud en el caso de las pensadoras, o la posibilidad de discutir en un libro colectivo como es *Donde falla* los modos en que sentimos e imaginar otros, no existiría sin una comunidad que se extiende en el tiempo, para atrás y también adelante. En efecto, tenemos la obligación de concebir nuestra responsabilidad en el presente como algo de largo alcance, algo que no solo toca a quienes tenemos en la proximidad sino también a quiénes vendrán. Algo así como lo que la filosofía ética africana de Ubuntu plantea cuando piensa un “nosotres” como la interdependencia de ancestrales (aquí también entra lo divino), quienes tengo a mi lado conviviendo conmigo en este tiempo¹ (aquí entra también un diálogo con la naturaleza, con los ríos, rocas, montañas) y quienes están por nacer. Estas ideas, entonces, permiten vislumbrar la articulación de una comunidad de largo alcance que aparece muy fuertemente también en el gesto teórico de confeccionar un archivo donde aparecemos como parte de ella. Otra vez, el armado de un archivo que no invoca una comunidad preexistente sino que la teje en el momento de producir la memoria.

Más interesante aún es que el gesto teórico apunte a los afectos involucrados en tales memorias, lo cual nos obliga a una reflexión seria respecto de qué, cómo y por qué sentimos a través de esos archivos. Sin mencionar la idea de archivo, los textos de Mattio y Gall realizan esa tarea mirando la dimensión erótica del cuerpo y las regulaciones sobre los vínculos eróticos en lo que alguna vez nombré como eroticidad (Canseco, 2017). Ambos textos revisan relatos que en su lectura ofrecen perspectivas críticas a los guiones emocionales hegemónicos que atraviesan a una comunidad marica en el caso de Mattio, o a una comunidad feminista argentina en diálogo problemático con el peronismo en el caso de Gall. Tales lecturas configuran entonces cuentos para la supervivencia y avanzan a una meta normativa más ambiciosa que tiene que ver con la posibilidad de una vida buena. Dicha posibilidad implica inevitablemente la repara-

1 Aquí parece pertinente introducir la discusión acerca de quiénes comparten conmigo *este tiempo*, (Cf. Dahbar, 2021).

ción de los vínculos con el pasado, como en el caso de la re-narración del mito de Eva particularmente de su cuerpo violentado post mortem, y la articulación de las condiciones que permitan la apertura del cuerpo a experiencias de placer, muchas veces impensadas como en la caso de las vidas víricas en el horizonte contemporáneo de eroticidad. En otras palabras, para sobrevivir y vivir bien se hacen necesarias la afirmación de y la lucha por justicia erótica.

Ahora bien, tomar en serio los afectos no resulta fácil y los textos del libro apuntan justamente a esa dificultad, a los modos de leer los discursos que nos hacen y deshacen. En efecto, los cuentos para la supervivencia no lo son sino que se tornan en su lectura, de manera que aquello que los demás textos hacen de modo más o menos explícito respecto de las operaciones de lectura es el foco de escrito de San Pedro, donde se propone desestructurar lo real desde su interior marcando tal posibilidad en este aspecto relacional de los afectos. Relacionalidad que se vuelve radical en la discusión butleriana respecto del sujeto interdependiente y vulnerable, sujeto que contraría su versión liberal, la cual media a menudo la relación que tenemos con los otros, y nos introduce en una atmósfera afectiva de sensibilidad neoliberal que no nos permite ver la violencia en la expulsión de la ciudad, como en el texto de San Pedro. Solamente una versión diferente de sujeto puede colaborar en la elaboración de estrategias para una comunidad que resista a la violencia y consiga sobrevivir y, en definitiva, vivir bien.

Cabe aclarar que decir comunidad no quiere decir homogeneidad. Es más, como Gerber declara, la comunidad para la supervivencia debe necesariamente abrazar la idea de una heterogeneidad ontológica. Ella debe poder propiciar una intimidad sin proximidad, al decir de Haraway, no virtual sino real, pero “en materialidades con bucles”. De tal manera, alrededor de y entre las palabras e ideas de *Donde falla*, podemos leer nuestros cuentos para la supervivencia, entramando una intimidad sin proximidad con personas queer que miran animes, con lesbianas que fracasan en el amor, con quienes escriben en las puertas de baños públicos, con gatos, perros y amigas, con Eva Duarte y con la primera eva, con maricas víricas, con víctimas de feminicidios, con los cuerpos expulsados de las ciudades. Y con suerte también, con la mujer sin nombre del cuento de Bradbury. Ojalá ella pueda dejar sus tareas un momento y sentarse a leer un libro que le permita esa intimidad sin proximidad que quienes leemos *Donde falla*

tenemos la posibilidad de tener, y así ella pueda también sobrevivir y vivir bien con una comunidad que reconozca su nombre.

Como la mujer sin nombre, no sabemos si en efecto el mundo está acabando, ni cuál mundo. No sabemos siquiera si seremos de hecho testigos de ese fin del mundo, o lo sean generaciones futuras con quienes estamos inevitablemente conectadas. Sin saber mucha cosa, pero con menos peso en el pecho, terminé el libro con la certeza de que sobrevivir y vivir bien en un mundo dañado dependerá de la existencia de palabras que tejan la posibilidad de decir “nosotres”. Creo que *Donde falla* nos ofrece algunas de ellas.

Bibliografía

Bradbury, Ray (1955). *El hombre ilustrado*. Buenos Aires: Minotauro.

Canseco, Alberto (beto) (2017). *Eroticidades precarias. La ontología corporal de Judith Butler*. Córdoba: Editorial Asentamiento Fernseh.

Dahbar, Victoria (2021). *Otras figuraciones: sobre la violencia y sus marcos normativos*. Córdoba: Editorial Asentamiento Fernseh.

SSEXBOX (2017). *Angela Davis e Judith Butler em conversa sobre a desigualdade* [YouTube]. <https://www.youtube.com/watch?v=5I-Ypk1Zj-SU>

Spivak, Gayatri Chakravorty (2019). *Crítica de la razón poscolonial: hacia una crítica del presente evanescente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Akal.